

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripcion 6 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—Teatro Principal.—Estaban verdes. Historia de unos amores, por D. Agustin Bonnat.

TEATRO PRINCIPAL.

El sargento Federico, zarzuela en cuatro actos.

Con las ideas recientes aun de *Catalina* imaginábamos que *El sargento Federico* habría de ser una zarzuela toda de campamentos, de vivanderas, de gorras de pelo y de bombo y platillos, pero nos equivocamos de medio á medio en nuestra gratuita suposicion, toda vez que el título dá una engañosa idea de la obra, segun vamos á ver.

Alzose el telon, y en lugar de un paso doble ó de alguna cancion con acompañamiento de tambores nos encontramos.... ¿con qué dirán ustedes? con la *nana*, con la mismísima nana que por tradicion se ha conservado de mamá en mamá y de nodriza en nodriza desde una época tan remota, que se pierde en la noche de los tiempos. Esta de la zarzuela es sin embargo una nana coreada, y en la cual los coristas de uno y de otro sexo llevan el compás con el cuerpo, ora zaran-deándose de babor á estribor, y ora columpiándose de delante atrás, mientras el papá mece y canta al niño para que se duerma. El efecto de esta escena es gracioso y ha sido puesta con singular habilidad, á términos que nosotros estuvimos á punto de dormirnos tambien; es decir, que el objeto del autor se llenó cumplidamente.

Pero se nos dirá: ¿Quién es ese niño y á qué le cantan esa nana? Nosotros responderemos que el niño es hijo de un molinero, y que le cantan para que espere durmiendo al padrino que ha de llevarle á bautizar. Sin embargo, pasa la hora y ni aquel ni la ma-

drina llegan: es preciso suspender la fiesta, bien á pesar de los aldeanos de aquellos contornos, los cuales se preparan á retirarse mustios y cabizbajos cuando la suerte les deparó aun mas de lo que esperaban. Una princesa austriaca, que acompañada por cierto baron venia de novia vergonzante del príncipe Federico de Prusia, aparece allí como llovida de alguna nube, y se ofrece á ser la madrina del futuro molinero, por mas que de ello tratase de disuadirla el baron, solemne mamarracho á quien el rey ha encomendado la custodia de su nuera en infusion, hasta tanto que se logre vencer la repugnancia que muestra hácia la boda el príncipe real, no por la novia, á la que jamás ha visto, sino porque pretende no casarse sino con muger de quien llegue á enamorarse, sin tener en cuenta que mal puede enamorarse nunca si se empeña en no ver á las que le proponen para esposas.

En esta necesidad del que fué mas adelante Federico segundo, estriba el argumento entero de la zarzuela.

En efecto, dejamos al niño con madrina, pero sin padrino, lo cual debia por lo visto de ser gran falta en Prusia y en el siglo pasado; mas es el caso que la misma nube de donde llovió aquella traia tambien en su vientre un padrino que ni buscado con candil. Este era un sargento pollito y adamado, con el tricornio sobre la oreja y la mano en la cintura, el cual sargento era el mismísimo príncipe heredero, á quien su estravagante padre habia obligado á que principiase desde el último grado la carrera militar, en la que acababa de ascender á sargento. Este, prendado de aquella dama á la que no conocia ni de la que era conocido, se ofrece galantemente á acompañarla á la iglesia en calidad de padrino, no sin decirle al paso cuatro significativos chicoleos, que ella no acepta sino á medias; pues conviene saber que la tal princesa tenia de antemano secretos amores con

un conde Gustavo, capitán prusiano y favorito del príncipe, si bien él ignoraba quien ella fuese y mas aun el proyecto de casamiento con Federico; porque en esta zarzuela ya se habrá echado de ver que nadie sabe nada de nada ni de nadie. Gustavo no sabe quien es la princesa; la princesa no sabe quien es el príncipe; el príncipe no sabe quien es su comadre; el molinero no sabe quien es ninguno de los tres, y el rey no sabe lo que hacen ninguno de los cuatro. ¡Así anda ello!

El conde Gustavo, que ha conseguido descubrir la residencia en que tienen á su amada en cuarentena de observacion, trepa hasta el jardín de noche, porque por lo visto este jardín debia de estar en la azotea como los pensiles de Babilonia. Allí hay un cenador donde la princesa espera sin luz á su amante, y allí hay una escena de besuqueos muy sonados que no se sabe si dan en el clavo ó en la herradura, porque ya hemos dicho que no habia luz; pero que el príncipe, que ha acompañado á su amigo, oye con una especie de comezon desde afuera, y hé aquí que incitado por el sonido y no teniendo á mano á quien enamorar, enamora á su propio sombrero colgado de una rama; escena tontísima si no fuera indecente sobre toda indecencia. Los guardas llegan, el príncipe se escapa, pero Gustavo es preso, y el rey decide se presente ante el consejo de guerra para ser juzgado, no por los besos, que esa es materia de que no habla la ordenanza, sino por haber abandonado sus banderas. Federico, al ver que ha procurado en vano recabar de su padre el perdon del amigo, se delata á sí propio como cómplice en la desercion; pero el consejo absuelve al príncipe y condena al capitán, no obstante haber cometido ambos el mismo delito; lo cual prueba que en tiempo de Federico Guillermo eran todos tan iguales ante la ley como lo habian sido antes, lo son hoy, y lo serán mientras el mundo esté habitado por hombres.

Federico, para librar á Gustavo, le sustituye en su encierro. Los soldados toman gato por liebre, y en poco está que no le fusilen por mas bastonazos que descargase sobre las mesas el hosco y desapacible Federico Guillermo. Llega salvo á la presencia de su padre, este le abraza y le concede por el susto el perdon de Gustavo, el cual presenta allí á su amada y solicita el permiso para casarse con ella. ¡Figúrense nuestros lectores cual se quedaria el príncipe al ver que le habian soplado la dama! Hay su momen-

to de lucha interior entre el amor y la amistad; pero Federico aspira á ser un gran rey, y con heroico esfuerzo vence su pasion: verdad es que en este rasgo de magnanimidad hubo de tener gran parte la atendible consideracion de ser harto espuesto para la ilustre casa de los Brandeburgos un enlace con princesa tan besada. Así son las tres cuartas partes por lo menos de las magnanimidades y rasgos heroicos que vemos por el mundo. Siempre hay su motivillo oculto tras la cortina.

De lo espuesto se colige que la obra considerada en cuanto á lo dramático difícilmente pudiera ser peor. No así la música, que en general es bonita y que tiene algunos trozos muy lindos, como por ejemplo la cancion báquica cantada, y por cierto muy bien, por la señorita Hernandez en el tercer acto; cancion que ha sido constantemente repetida.

La egecucion de esta zarzuela ha sido mejor que la de Estebanillo. El Sr. Campoamor la ha dirigido con talento é inteligencia y la ha desempeñado con acierto. La jóven Hernandez tiene un instinto artístico admirable, y si se la guia bien podrá llegar á ser lo que quiera. El Sr. Allú supo dar á su papel el colorido verdadero, y cuenta que este es un papel que está entre dos escollos: no puede bajar porque se haria arlequin, no puede subir porque se haria diplomático, cuando el autor lo ha querido hacer un simple adulator de buena fé. El Sr. Vidarte tambien estuvo en su lugar, con ser actor tan novel. El Sr. Marron tuvo dos tropiezos la primera noche; uno con los pies en la llave del gas, y otro con una nota en su garganta; pero despues no ha vuelto á tropezar en ninguna de las dos cosas, y el público le ha animado con una galanteria propia de su acrisolada cultura. Todos pues se esmeraron, y la zarzuela consiguió aplausos, debidos en buena parte al esmero é inteligencia del maestro Sr. Lubet, que aunque recientemente domiciliado en Cádiz ha dado ya solemnes pruebas de lo que vale como director de música de esta compania, bien así como pianista de esquisito gusto y de sorprendente egecucion.

El Principal no solo ha abierto sus puertas con gran concurrencia, sino que continúa animándose, y á poco que se haga se conseguirá atraer gente á él durante el próximo invierno. La empresa sabe lo que para ello tiene que hacer, porque algo hay en efecto que hacer todavia. Las exigencias de este teatro por fuerza han de ser mayores que las del

Circo, para el cual fueron contratadas estos artistas.

La señorita Edo se presentó el jueves por primera vez. Bailó muy bien y nos recordó frecuentemente á la Guy, cuya escuela tiene y cuyas maneras sabe imitar con acierto. Parecíanos una excelente cosa.

F. F. A.

ESTABAN VERDES.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

(Continuacion.)

Cada una de las niñas llevaba un *bouquet* en la mano; Fernanda dejó caer el suyo á propósito, Tomás fué á cogerle, pero un dandy que estaba mas cerca se bajó, y alzándole del suelo se lo devolvió á Fernanda.

Esta lanzó entonces una mirada á Tomás que le dejó turbado.

Flora quiso imitar á su hermana, y soltó el suyo; fué recogido por Tomás que se puso á besarle, fingiendo aspirar su aroma.

Las niñas se metieron en el coche, sin que Tomás le devolviera el ramillete, bien porque no pudo, ó bien porque su ánimo fuera guardarle.

Fernanda habia visto toda la escena y creyó por un momento que su amor propio habia sido ajado por aquel hombre que habia despreciado sus flores y habia guardado las de su hermana.

Tomás se retiró á su casa sin saber aun, á cual de las dos hermanas preferia, y cual era la mas digna de cariño y la que parecia demostrarle mas predileccion.

A los quince dias no estaba mas adelantado que el en que sucedió la anterior escena.

Habia paseado la calle, y unas veces habia visto al balcon á Flora y otras á Fernanda.

Habia ido á paseo y se habia vuelto sin saber nada.

Lo mismo le sucedió en las noches siguientes que fué al teatro.

El resultado era que estaba en una posicion muy rara.

III.

UN AMIGO.

Paseaba una tarde Tomás en el salon del Prado con un amigo suyo, buscando el carruaje de las niñas á quien amaba, y luchando aun indeciso entre las dos, cuando vió llegar la carretela en que iban y que él conocia á una legua y entre cien carruages.

Tomás miró con inquietud y su amigo saludó con bastante confianza: entonces vió el cielo abierto, y por no perder la oportunidad empezó una conversacion con su compañero.

—Conoces á esas muchachas? preguntó Tomás.

—Mucho, son paisanas mias, amigas de mi familia y las visito y las trato con bastante familiaridad.

—De modo que tú sabrás?...

—Todo lo que tú quieras preguntarme, y que te haga falta saber.

—Pues dime, ¿quién hace el amor á Fernanda?...

—Hombre, esa es una historia muy larga.

—Pero puedes contarla? preguntó Tomás con mucho interés.

—No hay inconveniente.

—Ignoro si conoces al padre de Fernanda.

—No, solamente sé que es muy rico.

—Tampoco es cierto, la madre es la rica, una señora mucho mas jóven que su marido, italiana y que se casó con Rodés que así se llama él, á disgusto de toda su familia.

—No lo sabia, dijo Tomás con naturalidad y mirando de hito en hito á su acompañante para no perder ni una palabra de lo que le iba á contar.

—El padre, D. Miguel Rodés, pertenecia á los famosos Guardias de Corps, tuvo en Madrid una trapisonda que provocó un desafío, mató á su rival, y por consiguiente tuvo que huir; un amigo suyo que debia partir para Italia se le llevó consigo, en Italia conoció á una muchacha muy linda que es Doña Teresa y despues de hacerla el amor se casó con ella á disgusto de la familia, y mudando de domicilio vivió oscuro y retirado en Orbietto hasta que acaeció la muerte del padre de Doña Teresa; este señor en sus últimos momentos perdonó á la hija desobediente y la dejó por única y universal heredera de una fortuna opulenta. En el tiempo que vivieron en Orbietto, tuvieron dos hijas que son las que conoces.

—Y que si te he de decir la verdad, contestó Tomás, no hay mas que mirar á Fernanda para adivinar en sus ojos que son italianas.

—Proseguiré... Dueño ya Rodés de una inmensa fortuna, puso en juego todas sus relaciones é influencias y retirándose del servicio logró el indulto y el permiso para volver á España; en cuanto le tuvo vino á habitar á Madrid donde ha aumentado prodigiosamente su fortuna.

—Pero eso no me explica quien sea el amante de Fernanda? dijo Tomás con cierto aire de impaciencia.

—Continuaré; Rodés ha ofrecido casar á su hija con el hijo de aquel á quien mató.

—Pero quiere la muchacha?

—Sí.

—Muy pronto lo has dicho, dijo Tomás algo inquieto.

—Es que tengo pruebas.

—Tú? preguntó Tomás ya mas turbado.

—Naturalmente.

—Por qué?

—Porque Fernanda debe casarse conmigo este verano.

No creais lectores que á Tomás le hizo un gran efecto esta aclaracion, al contrario, ya no tenia motivos para vacilar, ya su eleccion no era dudosa, Flora era á la que él amaba.

—Y me querrás decir ahora, preguntó su amigo, qué interés tenias en saber la hisioria de Fernanda?

—Pura curiosidad.

—Nada mas?

—Nada mas, las conocia de nombre y deseaba saber algo de su vida.

—Pues ya puedes éstar satisfecho.

Siguieron los dos hablando, pero de cosas indiferentes y que á nada conduciría el contario, razon por la que nos abstenemos de hacerlo.

Solo si diremos que Tomás que ya estaba decidido á querer á Flora, se admiró del aplomo con que su amigo iba á dar la mano á la hija del matador de su padre, pero como era guapa y rica no le chocó.

Sin embargo, por un momento lo dudó y no lo hubiera creido á no haber visto á su amigo en el coche de Rodés hablando muy intimamente con Fernanda.

IV.

DE COMO UNA CRIADA NO CUMPLIÓ SU MISION.

Fernanda habia notado las miradas de Tomás, y Flora habia creido ver tambien en este, un adorador constante.

Aun no es del caso decir lo que cada una pensaba, despues de cerca de un mes de eso, basta con lo que hemos dicho antes.

Tomás por su parte, estaba ya decidido.

Pero necesitaba saber que le correspondian, y para eso era preciso una declaracion á la que contestara la niña y por la cual entrara en relaciones con ella.

La casa tenia portero, Tomás pensó en él, pero desistió de la idea con sobrada razon.

Porque era seguro que el portero, hablador de suyo, daria parte antes á toda la vecindad, lo cual á él no le convenia de ningun modo.

Entonces pensó entregársela por sí mismo, pero tropezaba con la dificultad del portero que no le dejaria subir, y además las niñas no salian nunca solas.

Pensó en las criadas, y de ellas como era natural, en la doncella de las señoritas.

Era lo mas seguro, por consiguiente fué el proyecto aprobabo.

Escribió su magnifica declaracion esmerándose en la letra, y despues de romper infinitos borradores.

Como Tomás era prudente y no queria comprometer á ninguna de las dos niñas, aprovechó la coincidencia de empezar sus nombres con la misma inicial, y solo puso: «Adorada F...»

Así quedaba en salvo el honor de las dos; así, si por una torpeza la madre pescaba la misiva, no tenia derecho para increpar á ninguna de sus dos hijas, particularmente aun cuando podia hacerlo á las dos en general.

Pero sabido es que un regaño que se divide entre dos, es mas soportable que sufrir por uno solo.

El plan estaba hábilmente combinado, faltaba la ejecucion, es decir, lo mas arriesgado, lo mas espuesto del caso, el confiárselo á la fámula—Mercurio.

Siguió Tomás rondando y viendo segun costumbre ya á una, ya á otra de las dos hermanas, sin haber podido lograr una sola ocasion de hablar á la doncella.

En vano la esperó un Domingo con una calma estóica, con cachaza de amante; se conocia que aquel día no le tocaba salir, y tuvo que remitir al día siguiente la ejecucion de su proyecto.

Entretanto Flora le seguia sonriendo, Fernanda le lanzaba algunas miradas, y la carta se encuciaba por los dobleces en su bolsillo.

Pero llegó un día de misa, Tomás esperaba como de costumbre, cuando vió salir á la criada, objeto de sus paseos, y que habia deser la salvacion de sus amores.

Adelantóse decidido á ella y la apostrofó de la siguiente manera:

—Tengo que pedirla á V. un favor.

—A mí, caballero.

—A V.

—En qué puedo yo servirle?

—Yo tengo que mandar una carta á su señorita de V.

—Me lo figuraba, dijo la fámula sonriéndose.

—Luego V. sabe.

—Sí, señor; todo.

—Entonces...

En aquel momento se oyó hablar en el portal, la criada conoció la voz, y dijo apresurada.

—Mis señoritas, traiga V. la carta.

Tomás se la entregó y giró.

La fámula se metió en un portal para esconderse de sus amas.

La tarde que pasó Tomás es preciso haberla pasado para comprenderla.

(Se concluirá.)

AGUSTIN BONNAT.

Solucion del geroglífico anterior.

Con trabajo y con paciencia corta el ratoncillo una maroma, y un tajo tras otro, hace caer á tierra la mas alta encina.

CADIZ: 1856.—Imprenta de la Revista Médica.